

**DISCURSO**

QUE

**Dió. Bernardino Carvajal**

DIO

**EN EL PORTAL DE PALACIO**

de esta ciudad

**EL DIA 18 DE JULIO DE 1867,**

EN

**LA SOLEMNIZACION**

DEL

**TRIUNFO COMPLETO DE LA REPÚBLICA.**

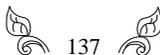


**OAXACA.**

**Impreso por M. Rincon.**

*Calle del Estanco N. 1.*

**1867.**





No arriban las naciones al puerto de la paz, sino combatiendo las tempestuosas olas que levantan en su camino la ignorancia, fuente funesta de todas las malas pasiones que degradan al hombre y de todos los vicios que hacen la desgracia de los pueblos.



**H**ACE cinco años, conciudadanos, que la pátia insultada por enemigos poderosos, escigió de sus hijos el sacrificio de su sangre y de su fortuna, para defender su independencia amenazada, para conservar su honor sin mancilla: y hace cinco años que el generoso pueblo mexicano respondió á la voz de la pátia con el sacrificio, su sangre y su fortuna.

En ese largo período la historia recogerá esfuerzos heróicos del patriotismo, ejemplos señalados de abnegacion, rasgos sublimes de valor indomable, empresas atrevidas, constancia incontrastable, derrotas que no infaman y triunfos que glorifican. Dirá que México, sin elementos para resistir el brutal choque de tres naciones poderosas, se elevó á la altura de su situacion, y firme en el terreno de su derecho, jamas transigió con los santos deberes que le imponia su honor y su dignidad. Dirá, por último, que despues de cinco años de continuos combates, en que prodigó su sangre, la mas brillante y la mas

completa de las victorias coronó su frente, que erguida presenta al mundo, único árbitro y soberano de sus destinos y de su porvenir.

La guerra que sostiene la soberanía nacional contra el invasor extranjero, no es la guerra que corrompe y desmoraliza á los pueblos, es la que los fortifica y enaltece; no es la guerra que mina y destruye la libertad, es la que la robustece y consolida; no es la guerra que reprueban la razon y la justicia, es la que prescribe el honor y lo sostiene; no es la guerra que abate y que subyuga, es la que emancipa y alienta; no es la guerra, en fin, bárbara y salvaje de la conquista, es la guerra civilizadora y del derecho.

Ninguna nacion del mundo que tenga la conciencia de su propia dignidad, puede sin mengua de su gloria, esquivar una guerra que tiene tan altos y honrosos motivos aunque sucumba en ella.

México, al contestar con la fuerza á la fuerza estrangera que invadia su territorio, enarboló la bandera de la humanidad para sostener el santo principio de la autonomia de las naciones. Su sangre y sus sacrificios son la ofrenda de un pueblo culto en el altar de la civilizacion y de los progresos del género humano.

México, al levantar el guante que arrojaron las viejas monarquias de Europa á la jóven democracia americana, se puso á la vanguardia de la libertad del mundo, y su triunfo es un feliz augurio de que no está lejana la época, en que la fuerza haga plaza al derecho, las preocupaciones á la filosofia, el error á la verdad, el egoismo al desinterés, el privilegio á la igualdad, la tiranía á la libertad, para que los destinos de la especie humana se cumplan sobre la tierra.

Repetidas veces, en nuestros dias de prueba, la elocuente voz del patriotismo ha resonado en la tribuna nacional, para reavivar el amor de la pátria en el corazon de sus hijos, para alentarlos en su gloriosa empresa, para esclarecer la justicia de su causa, para reanimar su valor en la desgracia y no

dejarlos dormir sobre los lauros de un triunfo incompleto.

Mas feliz yo que mis antecesores en el puesto que indignamente ocupo, traigo la placentera y honrosa mision de colocar sobre la frente victoriosa del ejército mexicano, el laurel que inmortalizará su nombre; de felicitarlo por su abnegacion y por su constancia, por la gloria bien merecida que le han conquistado su valor y su patriotismo, y porque sin sacrificios del honor ha inaugurado una época de paz y de ventura para México. La pátria reconocida á tanta adhesion, á tanto amor, se felicita á sí misma por haber producido héroes que dos veces han roto las cadenas que la ataban á la dominacion extranjera.

En este dia en que el corazon se abre á todas las efusiones del regocijo, á todos los arrebatos del entusiasmo, ¡saludemos, conciudadanos, al gran dia de la pátria! ¡Viva la República!

No hay duda que los grandes acontecimientos que conmueven las sociedades, influyen poderosamente en sus destinos, porque dejan en su moral impreso el sello de su carácter.

Por eso vemos á unos pueblos levantarse hasta la cúspide de la grandeza, y á otros sumirse en el abismo de la abyeccion, segun que esos acontecimientos escitan en ellos las sublimes pasiones que inspira el patriotismo, ó enervando el sentimiento de su dignidad, los arrastran hasta el fango de la degradacion. El espíritu público es el termómetro que marca los grados de adelanto ó decadencia que han dejado en pos de sí las tormentas sociales. Las ideas que se desbordan irresistibles como un torrente, son la espresion solemne y soberana del sentimiento nacional. Oponerse al impulso que comunican á la máquina gubernamental, es entorpecer su marcha magestuosa; seguir el sistema absurdo de una contradiccion opresiva, es obligar al pueblo á salvar la barrera de la obediencia á la ley, que se funda en la voluntad de su dominadora mayoría.

Apliquemos estas observaciones generales al estado moral del país, despues de la azarosa crisis que ha atravesado, y veremos que México tiene elementos sobrados de vida y de moralidad, para hacer respetar su autonomía de las demas naciones y para su reconstitucion política.

No quisiera yo irritar la justa indignacion de mi auditorio recordando los agravios de la pátria; pero esos mismos agravios provocaron los grandes acontecimientos que decidirán de sus destinos futuros.

Los hechos han demostrado que el gabinete de las Tullerías tenia formado hace mucho tiempo el bárbaro proyecto de arrebatar á México, á mano armada, su independencia, y la ilusion de fundar un trono sobre las ruinas de una República. Temeroso de cargar solo la responsabilidad de tan enorme atentado, y desconfiando poder consumarlo con su propia fuerza, asoció á su pensamiento, de infame espoliacion, á otras dos grandes naciones, empleando para conseguirlo todos los recursos de una diplomacia corrompida y falaz. Inglaterra y España se dejaron coger en las redes arteras que les tendió la astucia y el engaño; y con los pretestos especiosos de vengar los agravios que México habia hecho á sus banderas y á sus nacionales, y la falta de fé en el cumplimiento de sus compromisos pecuniarios, concluyeron la famosa convencion de Lóndres de 31 de Octubre de 1861.

El preámbulo de ese documento es un tegido de infames calumnias contra México, que la historia se ha encargado de desmentir con la lógica irresistible de los hechos, y el tribunal de la razon y de la justicia, de absolver á la nacion de un cargo no menos injurioso que infundado.

Las fuerzas combinadas de las tres naciones, cuya civilizacion proclama el mundo, surgaron los mares y arribaron á las aguas de México. Me es doloroso formular ante el universo una acusacion comun contra las tres, y hacer responsable á todas de unos mismos hechos; pero me he comprometido conmigo

mismo á no decir mas que la verdad, y á decir la toda entera.

«Decia yo que las fuerzas combinadas de las tres naciones surcaron los mares y arribaron á las aguas de México; y ¿creis, conciudadanos, que observaron con la República las prescripciones del derecho de gentes en la guerra de las naciones? ¿Pensais que las negociaciones diplomáticas habian agotado con anticipacion los medios de avenimiento honroso y pacífico? ¿Imagináis que esas tres naciones, con la conciencia de su fuerza, tuvieron la lealtad de hacer una formal declaracion de guerra á México, y de hacerla con la caballerosidad y condiciones que reclama la cultura del siglo? Os engañais. Vinieron como el ladron nocturno que asalta el hogar doméstico, aprovechándose cobarde del sueño de la familia para arrebatarle sus tesoros. Vinieron con la villana alevosía del que ataca á su enemigo, sin prevenirlo ni darle lugar á la defensa. Vinieron con la ventaja de tres contra uno, y esos tres fuertes y robustos por la reputacion militar de sus generales, por la superioridad de su ejército equipado y aguerrido, por la perfeccion de su armamento, por la abundancia de sus municiones y por sus recursos de todas clases, contra ese uno débil, por su poblacion diseminada en un vastísimo territorio, por la inesperecia de sus generales, por la indisciplina de su desnudo é improvisado ejército, por la inferioridad y escasez de su armamento y pertrechos, y por la absoluta carencia de medios para afrontar una situacion peligrosa.

El plan de ataque que se propusieron, avergonzaria á las hordas salvajes: consistia en marchar á paso de carga hasta la capital, arrojar á los supremos poderes de sus sillones á culatazos, enseñorearse de la situacion é imponer á los mexicanos su voluntad despótica.

Para añadir el escarnio al insulto, para salvar solo las apariencias de tan brutal proceder, para ocultar sus criminales miras al mundo, se haria despues la

ridícula farsa de llamar á la nacion á constituirse, dejándole entera libertad para escoger la forma de gobierno, bajo la presion moral de la fuerza expedicionaria, que la convenceria con la suprema razon de sus fusiles, de que la monarquía era mas conveniente al país. La candidatura del príncipe que subiría al trono de México, la habia ya escrito Napoleon III en el papel de los cartuchos de sus soldados, segun la feliz espresion de Julio Fàvre.

La sangre hierve de indignacion en las venas, al considerar que hayan podido tres naciones europeas, de primer órden, decidirse con mengua de su reputacion, á inferir un agravio á México de tanta magnitud; y de que en pleno siglo XIX, hayan aspirado á la triste gloria de destruir una República y de imponer un yugo sobre la cerviz de un pueblo libre.

La alta sabiduría del conde de Reus, la hidalguia de su corazon, y el amor acendrado á su pátria, salvaron á la España y á la Inglaterra del baldon de que cubrió á la Francia la sorpresa y perfidia de Dubois de Saligny, y el ardor inconsiderado de Jurien de Lagraviere, dignos representantes de Napoleon III en la disolucion de la convencion de Lóndres en Orizava, y de la vergonzosa ruptura de los preliminares de la Soledad.

Quedó Napoleon III solo y frente á frente á México. Audaz, hizo marchar á sus ejércitos hasta Puebla; pero allí el inmortal Zaragoza les marcó el alto, los obligó á desandar el camino á paso veloz, baja la frente, con el oprobio de la derrota, y consignó en nuestros anales, con letras diamantinas, el glorioso 5 de Mayo.

No bastó esta terrible leccion para desengañar al invasor de su impotencia, y para hacerlo desistir de su fatal empeño. Nuevos y numerosos batallones reforzaron al ejército vencido, nuevos y abundantes recursos llenaron sus almacenes, nuevos y mas peritos generales dirigieron la campaña, y se consumió el crimen, y la bandera francesa ondeó insolente en la misma asta en que flotaba el pabellon de la República. ¡Oh! ¡No! apartemos la vista del triste cua-

dro que presentó el país en los aciagos días, en que esquivó la victoria, nos volvió cruel la espalda, y abandonó á su suerte el desgraciado valor de nuestros soldados.

El inicuo programa de las Tullerías tuvo su desarrollo completo. La célebre junta de notables renegó de la República, y suplantó su voluntad á la de la Nación al establecer la monarquía. ¿Qué había de hacer si tal era la irresistible escigencia de un vencedor orgulloso? ¿Qué autoridad tiene su voto arancado por la violencia y con las bayonetas al pecho? ¿Qué fuerza pueden tener todos los sufragios que el ejército frances se encargó de recoger á cañonazos en todas las poblaciones inermes que dominó con la fuerza, en el estenso territorio de la Nación? ¿De estos hechos notorios puede, sin absurdo, formularse un cargo de traicion contra el pueblo mexicano? ¿No resulta neto contra Napoleon III que prostituyó su lealtad, mientras no pudo espresar libremente su opinion y sacudir el yugo de la fuerza? Seria de desear, pero es imposible escigir de todos el mismo temple de alma que distingue la firmeza de los héroes.

Sobre tan débiles fundamentos y con títulos tan nulos, se levantó el trono del archiduque de Austria; y ¡ojalá que solo hubiéramos asistido á la farsa ridícula de su efímero reinado! Empero su cortejo fúnebre de las sanguinarias cortes marciales, del despotismo militar, del desprecio insultante á los mexicanos, del espionaje organizado, de las prisiones arbitrarias, de las confiscaciones, de los destierros, de todas las vejaciones á los derechos, de todos los atáques á las garantías, y sobre todo, del yugo de una dominacion odiosa y bárbara, hacia derramar, en el silencio de la noche, lágrimas á los mexicanos, y fijar sus angustiadas miradas en los lejanos horizontes del Norte, en donde brillaba apenas la estrella de su esperanza.

Allí, conciudadanos, en Paso del Norte, en donde se concentró todo el fuego vital de la Nación; allí,

donde el supremo magistrado llevó consigo la bandera republicana para que no la manchara el inmundo aliento extranjero, ni la profanara el orgullo del invasor; allí, donde la constancia inalterable y la lealtad sin tacha, del mas ilustre de los hijos de México, puso el hasta aquí á la marcha conquistadora de las columnas francesas. ¡Quién al ver esa firmeza que no cede, esa fé que no duda, esa esperanza que no desmaya, ese patriotismo que no transige, esa dignidad que no se doblega, ese carácter que no se contrasta, no se alentaria á saltar á la arena y disputar á los opresores de México los fáciles triunfos que sin combatir habian alcanzado!

Lo que parecia una pequeña chispa en Paso del Norte, bastó para incendiar á la Nacion, y el fuego sagrado de la insurreccion abrasó los corazones de Escobedo y de Diaz, de Corona y de Treviño, de Régules y de Riva Palacio, de Alatorre y de Benavides, y de tantos, tantos, que me seria imposible enumerar. Pararas, Santa Isabel, Santa Gertrudis, Altata, Sinaloa, Mazatlan, Michoacan, San Jacinto, Matamoros, Querétaro, Oaxaca, Puebla, México, el territorio en fin, de la República, fué el vasto campo de batalla, en que las armas nacionales conquistaron sus inmarcesibles laureles y sus brillantes glorias.

¡Quién le hubiera dicho al desgraciado Maximiliano, que al mismo tiempo que Napoleon le levantaba un sólio régio en México, Escobedo cavaba su sepulcro en Querétaro! ¡Quién le hubiera dicho que ese mismo sólio, ensueño dorado de su funesta ambicion, se convertiria muy pronto en un cadalso! ¡Quién! . . . . . pero dejemos en quietud á los muertos, y no interrumpamos el reposo de las tumbas.

Así, conciudadanos, los acontecimientos deplorables de la intervencion francesa, dieron el importante resultado de arraigar mas profundamente en el corazon de los mexicanos el amor de su independecia, hasta disputarla con la Nacion mas potente de Europa, cuya bandera plegada con mengua de la Francia, se retiró del suelo mexicano sin gloria militar y

empañado el brillo de las que conquistara en Solferino y en Magenta.

No hay que temer que un peligro prócsimo ponga otra vez á prueba el valor y el patriotismo nacional; pero si alguna potencia del viejo ó nuevo mundo atentara contra nuestra autonomía, hallaria en el espíritu belicoso de nuestros soldados, en el arrojo impetuoso de nuestros generales, y en la cooperacion patriótica de todos, la muralla inespugnable en que se ha estrellado el valor de los primeros soldados del mundo, porque el pueblo que ha peleado con tanto denuedo para conservar la herencia preciosa de sus padres, no se la dejará arrebatár impunemente de nadie.

La intervencion nos hizo sentir demasiado todo lo repugnante, todo lo ignominioso, todo lo bárbaro de la dominacion estrangera, para que México no la combata y rechace con todo su brío, y perezca antes en la lucha, que encorbarse bajo su odioso yugo.

Ya nuestros anales abundaban en glorias pátrias y en nombres heróicos: la intervencion francesa vino á enriquecerlos con nuevas glorias y con nombres nuevos. Ahora reuniremos en un solo grupo á los héroes de nuestra primera y de nuestra segunda independencia. Son tan históricos los nombres de Hidalgo, de Morelos y de Iturbide, como los de Juarez, de Zaragoza, de Escobedo y de Diaz. ¡Quién se atreverá á arrancar de nuestra historia esas páginas doradas? ¡Quién echaria una mancha sobre esos nombres ilustres!

Nuestros insultos vengados, nuestros triunfos merecidos, nuestros sufrimientos pasados, nuestras esperanzas del porvenir, nuestras memorias sagradas, todo, conciudadanos, ha impreso en el carácter nacional esa marca sublime que engrandece á los pueblos libres, y nos ha dejado un tesoro de vida y de moralidad, para hacer respetar la soberanía de México de todas las naciones estrangeras. Mas ¡contaremos con los mismos elementos para nuestra reorganizacion política?

La primera de las necesidades sociales es la existencia de un código, en que se definan con exactitud y claridad los derechos y las obligaciones de los gobernantes y de los gobernados. Sin esa base, el edificio social no tendría sino una existencia muy precaria. La constitución de 1857 cubre esa imperiosa necesidad para México; pero no basta para la organización perfecta de un pueblo, haber consignado en el pacto fundamental los más luminosos principios que la razón ha enseñado á las sociedades modernas; no basta que los dogmas regeneradores de libertad, igualdad y propiedad, hayan sido sancionados como una consecuencia de la soberanía radical de las naciones; no basta que los siglos pasados hayan revelado la palabra mágica "Democracia," como la más gloriosa conquista de la humanidad; es además preciso, que cuando la voluntad general de un pueblo la ha escrito en su constitución, la inteligencia pública haya comprendido toda su importancia, y la virtud la haya grabado indeleblemente en su corazón: solo así puede desafiar á todas las vicisitudes políticas, y sobrevivir á todas las convulsiones del cuerpo social.

La infancia de la nuestra fuera terriblemente azarosa, combatida desde su cuna por sus implacables enemigos, cuyos bastardos intereses proscibía, y herida de muerte por el puñal del retroceso, parecía que no había nacido viable, y ser su aparición la de esos fuegos fatuos, que se disipan en el momento de haber fascinado la vista del espectador. Pero la Nación vió en esa encarnizada persecución, y en la facción que la hacía, un atentado contra su voluntad soberana, un ataque á su conquista, un ultraje á sus derechos, y se resolvió á hacer respetar su voluntad á la reaccionaria minoría, á defender su conquista contra los enemigos de sus progresos, y á reivindicar sus derechos, ó perecer en la demanda. Por tres años sostuvo una guerra gloriosa para la causa constitucional, y el monstruo de la reaccion, vencido por doquiera, sucumbió completamente en Calpulalpam.

La ley fundamental habia salido airosa de esta prueba; su autoridad acataba de grado ó fuerza por sus enemigos, imperaba sin contradiccion. El horizonte político, limpio de las negras nubes que lo cubrian, parecia prometer un tiempo bonancible de calma. ¡Vana ilusion! Los mas espúrios restos de la faccion vencida en la guerra de reforma, desesperados de poder, por sí mismos, volver á la carga, apelaran al extranjero en su despecho, y sin que pudiera contenerlos, ni el grito de su conciencia, ni el crimen de la traicion, de que se hacian reos ante la nacion y el mundo todo, corrieron como una mercancía en la plaza de la ambicion europea, su misma pátria, y esplotaron para la venganza de su derrota, y para la satisfaccion de su codicia, la torpeza del hombre que se dejó alucinar con la perspecria del grande imperio, con que le brindaban los asesinos de la República. ¡Almonte, Miranda, Gutierrez Estrada, Velasquez de Leon, Labastida, vuestros nombres son la vergüenza de la humanidad, y la historia de México les reserva sus mas negras páginas de ignominia! ¡Cuáles son los miserables frutos de vuestra traicion? El oprobio de ella misma, las maldiciones de la República, los remordimientos de vuestra conciencia, y el desprecio de los hombres honrados. Sabed, para vuestra desesperacion, que México triunfante de la intervencion estrangera que le tragísteis, se reorganiza políticamente bajo el sistema republicano, y con las instituciones democráticas que tanto odiais.

Es un precedente que habla muy alto en pro de la estabilidad de la constitucion de 57, haberla defendido por diez años y con tanto heroismo el pueblo que se la dió. Este hecho argulle la grande estima en que tiene los derechos que le garantiza, y su resolucion irrevocable de no abandonar jamas las anchas vias de progreso que ella abre á sus nobles y elevadas aspiraciones: ¡y no constituye esto un elemento poderoso de reorganizacion política?

Ha llegado el feliz momento en que la constitucion

de 57, al abrigo de la paz, pueda desarrollar en toda su plenitud, para la felicidad de la Nación, los eternos principios de regeneracion social que contiene. Cuenta, como ninguna otra, con las simpatías del pueblo que ha de regir, con la sabiduría y el prestigio de Juárez, que se ha encarnado en ella, con las espadas vencedoras de Escobedo y de Díaz; y cuenta, por último, con los sufragios de la razon y de la filosofía que la proclaman una obra maestra de perfeccion social.

La funesta intervencion estrangera pudo, talando nuestros campos, destruyendo nuestra fortuna y vertiendo nuestra sangre, dominar con la fuerza brutal al pueblo mexicano; pero no estinguir en él, ni aun debilitar el amor á libertad. La farsa imperial pudo con sus oropeles y vanas condecoraciones, alucinar á gentes que aceptaron un disfraz en el carnaval de su corte; pero no desprestigiar el principio de igualdad republicana, que si bien nos hace ver un hermano en cada hombre, no tolera que en el terreno del derecho se aleguen escepciones ó privilegios injuriosos á los demas. El cambio súbito y violento de instituciones, el retroceso desde la democracia hasta el absolutismo, el despojo al ciudadano de sus derechos políticos, conquistaron tal popularidad á la constitucion, que la hizo ser el objeto mas deseado del pueblo.

Seria una cruel decepcion burlarsus bellas ilusiones de porvenir, y matar sus risueñas esperanzas de mejora. No hay que temerlo. Pasaron ya los aciagos dias en que el órden público sufría trastornos continuos. Conquistados todos los grandes principios, que hacen de nuestra carta el código de la razon humana, nada puede justificar las asonadas que invocara alguno de ellos. Desengañadas las clases, que tenazmente han opuesto sin intereses particulares al bien general, de que la Nación las rechaza como el fantasma horrible de todas sus desgracias, y la cultura del siglo; como el fatídico recuerdo de la degradacion humana, tendrán, ó bien que transigir con la civilizacion,

entrando franca y lealmente á formar parte de la gran familia democrática, ó morir de consuncion y de rabia en los oscuros ántros de su ignorancia y de su obstinacion; pero no volverán ni á derramar sangre en nombre de Dios, ni á imponer al pensamiento la servidumbre de la autoridad.

Si la Nacion en su mayoría dá una importancia secundaria á las disputas políticas, ¿cómo quieren los representantes de la edad media, que pierda su tiempo en cuestiones abstractas de ningun interes práctico en la sociedad? No: asuntos de positivos y benéficos resultados, ocupan hoy á los hombres pensadores en todos los ramos que cooperan á la felicidad comun. Las ciencias naturales, la moral, la historia de la filosofía, atraen mas la juventud, ávida de saber, á las escuelas democráticas, que el árido, estéril y servil estudio de la teología á los seminarios pontificios.

Con placer se advierte en los Estados de la República, apenas salidos de la opresion estrangera, fijar toda su atencion en los trabajos útiles, en las mejoras materiales, en las obras de beneficencia y en el desarrollo de la educacion popular, objetos todos muy dignos del impulso y de la direccion de las autoridades republicanas, como un grande elemento de organizacion política.

El carácter nacional ha tomado esa gravedad y cordura que solo se adquiere en el curso de una larga esperiencia, ó se improvisa en las situaciones críticas. No solo esto, sino que tambien ha adquirido en la escuela de la desgracia, una indulgencia y hasta una ternura, si puedo decirlo, para los hombres que por error han estraviado el camino de la lealtad y del honor. A pesar de la honda herida que recibió en su dignidad y en su orgullo republicano, á pesar de los agravios que le sufrió una administracion intrusa, hemos visto al pueblo mexicano, si bien valiente hasta la temeridad en la pelea, clemente y moderado en el triunfo. Lo hemos admirado magnánimo estrechar amigablemente la mano á sus enemigos venci-

dos, y endulzar con oportunos socorros la amarga suerte del prisionero nacional ó extranjero, y si severo é inflexible ha castigado de muerte á los que derramaron con feroz obstinacion su sangre, asaltaron los poderes públicos con agravio de su soberanía, ó prostituyeron su conciencia arrastrándolo á la defecion, sensato transigirá con la debilidad humana y abrirá sus brazos y su corazon al sincero y leal arrepentimiento. Estos recomendables sentimientos de humanidad, de concordia y de benevolencia, preparan á no dudarlo, el grandioso espectáculo de depositar en las aras de la democracia, los ódios que desgraciadamente han dividido á los hijos de una misma pátria, y de afirmar sobre los sólidos fundamentos de la union y de la fraternidad, las instituciones republicanas.

Digan lo que quieran los injustos detractores de México, los hechos manifiestan que adelanta rápidamente en la carrera de la civilizacion. Era de temer, que despues de la tempestad desoladora que desató en todo el país la guerra estrangera, que despues de las gravès injurias que infirieron á la dignidad de la Nacion las potencias signatarias de la convencion de Lóndres, y Austria y Bélgica mandando sus soldados, para sostener la usurpacion y derramar la sangre mexicana, que despues de tantas víctimas inmoladas en los cadalsos, para satisfacer el bárbaro ódio de los opresores; era de temerse, repito, que el pueblo vengara sin piedad, su sangre y sus lágrimas en el día de su triunfo, tomando una represalia cruel en las personas y en los bienes de los súbditos de esas cinco naciones residentes en el país, haciéndolos víctimas espiatorias de los criminales atentados de sus soberanos. La historia abunda en ejemplos sangrientos de las venganzas populares.

México ha dado en tan solemnes circunstancias, una prueba relevante de su alta civilizacion, no solo no causando el menor mal á los estrangeros pacíficos, sino poniendo su fortuna y sus personas bajo la salvaguardia de la ley. Mintió, como un villano,

Napoleon III al decir que México era un pueblo de bandidos, foco de anarquía permanente é incapaz de un gobierno regularizado; si tal fuera, ¡desgraciados franceses, ingleses, españoles, austriacos y belgas! Pero vivid tranquilos, que México es grande y su gobierno justo.

La prensa misma, conciudadanos, ese órgano poderoso de la opinion pública, que con razon se le ha llamado el cuarto poder del Estado, viene á robustecer con su lenguaje magestuosamente circunspeto, nuestra fundada esperanza de reorganizacion. Léjos de ecsaltar las malas pasiones que pudieran comprometer con su desborde el honor y el triunfo de la causa nacional, predica, por el contrario, la concordia, y se empeña noblemente en reunir los elementos sociales dispersos por una fatalidad, para formar un todo compacto en ideas y sentimientos: léjos de poner embarazos á la reconstitucion del país, promoviendo cuestiones inútiles y desorganizadoras en las circunstancias, consagra todos sus trabajos á remover los obstáculos que la situacion pudiera presentar para dar cima á la grande obra á que debe dedicar toda su sabiduría, toda su prudencia; todo su patriotismo el inmortal Juarez; obra que concluida felizmente, le merecerá las bendiciones de su pátria, así como la valerosa defensa de su independenciam y de sus instituciones, le han merecido el respeto de la Europa y la admiracion del mundo.

Al ver el semblante de mis conciudadanos radiante de alegría, al ver el entusiasmo que hace latir sus corazones, al oír las ruidosas aclamaciones con que victorean el patriotismo del ejército mexicano, casi me siento impulsado á bendecir la guerra que engendró á los héroes que levantaron con sus pechos una muralla de acero al rededor de la bandera de la pátria. Gozaos, enhorabuena, en vuestros triunfos: los habeis conquistado con vuestro valor y con vuestra sangre: habeis peleado con los soldados de mayor nombradía europea: vuestros pechos no han temblado cobardes en su presencia:

grande, muy grande debe ser vuestro orgullo: habeis salvado la independencia de vuestra patria, sois muy dignos de ser sus guardianes y defensores. Mas ya que habeis llevado con tanto brio en vuestros brazos las armas de la República, llevad tambien en vuestros corazones las virtudes republicanas. El soldado del pueblo no es soldado de profesion: cuando la libertad de la patria, la existencia de sus instituciones ó la magestad de la ley están en peligro, todo lo abandona el ciudadano para formar en las filas del ejército de ciudadanos; pero pasados los momentos de angustia, vuelve á confundirse en el pueblo de donde salió. Las ciencias, las artes, los talleres y los campos reclaman vuestros brazos. Vuestros padres, vuestras esposas, vuestros hijos y vuestros hermanos, reclaman vuestro auxilio y proteccion. Volved al hogar doméstico á gozar de los bienes de la paz que habeis conquistado en la guerra, y enseñad á vuestros hijos y conciudadanos, si la ocasion se presenta, el camino que la virtud ha trazado á la gloria. Deponed el aire fiero que solo sienta bien en los combates, y tomad las buenas maneras, el trato cordial y franco de la vida civil. No mancheis con vuestra conducta en la sociedad el timbre de vuestro patriotismo en la campaña. Escitais la admiracion de vuestros contemporáneos, como defensores de la libertad de vuestra patria; pero sereis un objeto de execracion, como perturbadores del orden público. No, os habeis elevado muy alto para precipitaros hasta el cieno de la anarquía. Los que llevan escrito sobre su frente el glorioso lema de “Defensores de la segunda independencia de México,” jamas serán los verdugos del pueblo.

En la escuela de la desgracia se forman el espíritu y el corazon de las naciones, ha dicho un sábio, y México responde de la exactitud de esa verdad. No ha llegado al grado de civilizacion y de cultura en que lo vemos, sino despues de haberse purificado por cincuenta años, en el crisol de los sufrimien-

tos. Esa experiencia larga y dolorosa ha grabado profundamente en su alma esta eterna verdad: “No arriban las naciones al puerto de la paz, sino combatiendo las tempestuosas olas que levanta en su camino la ignorancia, fuente funesta de todas las ruines pasiones que degradan al hombre, y de los vicios que hacen la desgracia de los pueblos.” México ha surcado ese mar proceloso, ha vencido el furor de sus tempestades, y ha llegado, por fin, felizmente, al puerto de la paz. Saludémosla, conciudadanos, como el fin de todos nuestros padecimientos y como el principio de nuestra felicidad.



*Me complace en tributar al ciudadano Manuel María Zamacona un homenaje de respetuosa admiración, por el patriotismo que manifiesta en sus ilustrados escritos, que me han inspirado algunos conceptos de mi discurso.*

